Introducción: una pregunta que todos nos hemos hecho

¿Por qué Dios permite que existan personas malas? ¿Por qué el mal parece prosperar mientras tantos justos sufren? ¿Por qué dentro de la propia Iglesia encontramos escándalos, divisiones e incluso pecados graves? ¿No debería Dios eliminar inmediatamente el mal?

Estas preguntas han acompañado a la humanidad desde el principio de la historia. También inquietaban a los discípulos de Jesucristo, y el Señor respondió a ellas mediante una de las parábolas más profundas y proféticas del Evangelio: **la parábola del trigo y la cizaña**.

Se encuentra en el Evangelio según san Mateo (Mt 13, 24-30) y, pocos versículos después, el mismo Jesús ofrece su explicación (Mt 13, 36-43), algo excepcional, ya que no siempre interpretaba personalmente sus parábolas.

Aunque pueda parecer una sencilla historia sobre agricultura, esta parábola constituye una auténtica síntesis de la historia de la salvación. En ella encontramos enseñanzas sobre el origen del mal, la paciencia de Dios, la libertad humana, el juicio final, la naturaleza de la Iglesia, la misericordia divina y la esperanza cristiana.

En una sociedad marcada por la confusión moral, el relativismo y el deseo de juzgar rápidamente a los demás, esta parábola resulta más actual que nunca.

El texto de la parábola

Jesús dijo:

> *«El Reino de los Cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero mientras todos dormían vino su enemigo, sembró cizaña entre el trigo y se fue.*

> *Cuando brotó la hierba y produjo fruto apareció también la cizaña.*

> *Los criados fueron entonces a decir al dueño:*

> *Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale entonces la cizaña?*

> *Él respondió:*

> *Un enemigo ha hecho esto.*

> *Los criados le preguntaron:*

> *¿Quieres que vayamos a arrancarla?*

> *Él respondió:*

> *No, porque al arrancar la cizaña podríais arrancar también el trigo.*

> *Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega; y al tiempo de la cosecha diré a los segadores: recoged primero la cizaña para quemarla y después almacenad el trigo en mi granero.»*

(Mateo 13,24-30)

El contexto de la enseñanza

Jesús pronuncia esta parábola junto al lago de Galilea.

Las multitudes esperaban un Mesías que destruyera inmediatamente a los pecadores y estableciera un reino político.

Sin embargo, Cristo presenta una visión completamente distinta.

El Reino de Dios no avanza mediante la violencia ni eliminando instantáneamente a los malos. Crece lentamente, silenciosamente y en medio de las contradicciones.

Esta enseñanza rompía completamente los esquemas religiosos de su tiempo.

¿Qué representa cada elemento?

Jesús mismo explica el significado.

El sembrador

Es Cristo.

Él es quien siembra la buena semilla.

Todo cuanto Dios crea es bueno.

El pecado nunca procede de Dios.

El campo

Jesús dice claramente:

> *«El campo es el mundo.»*

No únicamente la Iglesia.

Toda la humanidad es el escenario donde se desarrolla la batalla entre el bien y el mal.

La buena semilla

Son los hijos del Reino.

No significa personas perfectas.

Son aquellos que aceptan la gracia y buscan vivir conforme a Dios.

La cizaña

Son los hijos del Maligno.

Aquí conviene hacer una precisión importante.

Jesús no dice que algunas personas sean creadas malas.

Toda persona ha sido creada a imagen y semejanza de Dios.

La expresión indica a quienes libremente viven bajo la influencia del pecado y rechazan la gracia.

El enemigo

Es Satanás.

Cristo afirma algo revolucionario.

El mal no surge de Dios.

Tiene un autor espiritual.

El demonio actúa sembrando confusión, división, mentira y pecado.

La parábola confirma la existencia real del diablo, una verdad de fe frecuentemente olvidada en nuestra época.

La cosecha

Representa el fin del mundo.

No habrá una mezcla eterna entre bien y mal.

La historia tiene un final.

Habrá un juicio.

Los segadores

Son los ángeles.

Dios encomendará a ellos la separación definitiva entre justos e injustos.

¿Qué es realmente la cizaña?

La cizaña era una planta muy conocida en Palestina.

Su nombre científico es *Lolium temulentum*.

Durante las primeras etapas de crecimiento resulta casi idéntica al trigo.

Solo cuando madura pueden distinguirse claramente.

Precisamente ahí reside el mensaje.

Muchas veces el mal se presenta con apariencia de bien.

No todo lo que parece bueno realmente lo es.

El pecado suele disfrazarse.

La mentira rara vez aparece diciendo:

«Soy mentira.»

Generalmente adopta el lenguaje del amor, de la libertad o del progreso.

Esta enseñanza posee enorme actualidad.

El gran misterio: ¿por qué Dios no destruye inmediatamente el mal?

Esta es la gran pregunta.

Los siervos ofrecen una solución lógica.

«Arranquemos ahora la cizaña.»

Nosotros pensamos igual.

¿Por qué Dios no elimina inmediatamente a los malvados?

¿Por qué no castiga instantáneamente toda injusticia?

¿Por qué permite guerras, corrupción y escándalos?

La respuesta de Cristo es sorprendente.

«No.»

¿Por qué?

Porque podríamos arrancar también el trigo.

La paciencia de Dios

Aquí aparece uno de los atributos más maravillosos de Dios.

Su paciencia.

San Pedro escribe:

> *«El Señor no tarda en cumplir su promesa… sino que tiene paciencia con vosotros porque no quiere que nadie perezca.»*

(2 Pedro 3,9)

La paciencia divina no significa indiferencia.

Significa misericordia.

Dios concede tiempo para la conversión.

Muchos santos fueron antes grandes pecadores.

Si Dios hubiera actuado inmediatamente con justicia, nunca habrían llegado a convertirse.

San Pablo persiguió cristianos.

San Agustín vivió largos años alejado de Dios.

Santa María Magdalena cambió radicalmente de vida.

San Ignacio de Loyola buscaba la gloria mundana antes de su conversión.

El trigo de hoy pudo parecer ayer una cizaña.

Solo Dios conoce el futuro de cada alma.

Una enseñanza contra el juicio temerario

Los siervos desean separar inmediatamente buenos y malos.

Jesús les responde que no.

¿Por qué?

Porque los hombres no vemos el corazón.

Solo Dios conoce:

- las intenciones
- la conciencia
- la historia personal
- las heridas interiores
- las circunstancias
- las oportunidades recibidas
- el grado de responsabilidad moral

Por eso Jesús dijo:

> *«No juzguéis y no seréis juzgados.»*

No significa renunciar al discernimiento moral.

Significa evitar condenar interiormente a las personas.

Podemos juzgar actos.

No podemos juzgar definitivamente las almas.

La parábola y la Iglesia

Una aplicación muy importante es la propia Iglesia.

Desde sus orígenes convivieron:

- santos
- pecadores
- héroes de la fe
- traidores

Entre los Doce estaba Judas.

En las primeras comunidades surgieron divisiones.

San Pablo tuvo que corregir numerosos abusos.

La Iglesia nunca ha sido una comunidad formada exclusivamente por perfectos.

Es el hospital donde Cristo sana a los pecadores.

Quien abandona la Iglesia porque encuentra pecadores olvida que precisamente Cristo anunció que esto ocurriría.

La existencia de la cizaña dentro del campo no demuestra el fracaso del Evangelio.

Demuestra que Jesús tenía razón.

El peligro de creer que siempre somos trigo

Existe una lectura superficial.

Pensar:

«Los malos son los demás.»

Pero la parábola invita primero a mirar nuestro propio corazón.

Todos llevamos una lucha interior.

Como decía san Pablo:

> *«No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero.»*

Cada corazón humano es un campo donde crecen semillas de santidad y donde el pecado intenta introducir su cizaña.

La conversión comienza dejando que Cristo purifique nuestro interior.

El combate espiritual

La cizaña sigue siendo sembrada cada día.

Hoy el enemigo utiliza múltiples caminos:

- la mentira presentada como verdad
- el relativismo moral
- la banalización del pecado
- la indiferencia religiosa
- el odio disfrazado de justicia
- el egoísmo convertido en estilo de vida
- el consumismo
- la desesperanza
- la pérdida del sentido del pecado

El combate espiritual continúa.

La buena noticia es que Cristo ya ha vencido.

La libertad humana

Esta parábola también enseña la importancia de la libertad.

Dios no obliga a nadie a amarle.

El amor verdadero exige libertad.

Por ello permite que cada persona pueda responder a su gracia o rechazarla.

Sin libertad no existirían ni el mérito ni la santidad.

Pero tampoco existiría el pecado.

El juicio final

Muchos olvidan esta dimensión.

La paciencia divina tiene un límite.

Llegará la siega.

Habrá un juicio.

Cristo habla con enorme claridad.

La cizaña será separada.

El trigo será recogido.

No se trata de una amenaza.

Es una promesa de justicia.

Las víctimas de la historia necesitan saber que el mal no tendrá la última palabra.

Dios hará justicia.

La esperanza cristiana

Aunque el mal parezca dominar muchas veces, la parábola termina con esperanza.

El trigo será recogido.

El Reino vencerá.

Cristo triunfará.

Los santos brillarán «como el sol en el Reino de su Padre.»

Esta frase recuerda la gloria de la resurrección.

El destino final del cristiano no es la lucha eterna.

Es la comunión perfecta con Dios.

Enseñanzas de los Padres de la Iglesia

Los primeros escritores cristianos profundizaron ampliamente en esta parábola.

San Juan Crisóstomo

Explica que Cristo prohíbe arrancar la cizaña porque muchos pecadores pueden convertirse en santos. Si se les eliminara antes de tiempo, también se perderían futuras conversiones que solo Dios conoce.

San Agustín

Insiste en que nadie debe presumir de pertenecer definitivamente al trigo mientras vive en esta tierra. El cristiano debe perseverar humildemente, pues solo el juicio de Dios revelará plenamente el corazón de cada persona.

San Gregorio Magno

Destaca que la convivencia entre buenos y malos sirve también para purificar a los justos. Las pruebas, contradicciones y escándalos pueden convertirse, si se viven con fe, en un camino de santificación.

Santo Tomás de Aquino

Siguiendo la tradición patrística, enseña que la paciencia de Dios no es debilidad, sino expresión de su sabiduría y de su providencia. Él sabe obtener bienes mayores incluso de situaciones en las que el mal parece prevalecer.

Aplicaciones pastorales para nuestra vida

La parábola no fue dada únicamente para ser estudiada, sino para ser vivida.

1. No desesperes por el mal del mundo

Las guerras, la corrupción, la persecución religiosa o las injusticias no significan que Dios haya abandonado la historia. Él sigue siendo el Señor del campo y conduce todo hacia su cumplimiento definitivo.

2. Examina tu propio corazón

Antes de señalar la cizaña ajena, conviene preguntarse qué malas hierbas han comenzado a crecer en nuestra propia alma: orgullo, resentimiento, tibieza, envidia o falta de caridad.

3. Confía en la misericordia de Dios

Mientras hay vida, hay posibilidad de conversión. Nunca debemos dar a nadie por perdido, ni siquiera a nosotros mismos.

4. No te escandalices de los pecados dentro de la Iglesia

Los pecados de los cristianos son reales y dolorosos, pero no invalidan la santidad de la Iglesia, cuya cabeza es Cristo. Él mismo anunció que el trigo y la cizaña crecerían juntos hasta el final.

5. Persevera con paciencia

El crecimiento del trigo es lento. La santidad no se alcanza de un día para otro. Dios trabaja en silencio, como la semilla que madura sin hacer ruido.

6. Vive con la mirada puesta en la eternidad

La historia no termina con las injusticias presentes. El juicio de Dios dará a cada uno según sus obras y manifestará plenamente su justicia y su misericordia.

La actualidad de la parábola en el siglo XXI

Vivimos una época en la que con frecuencia se confunden el bien y el mal. Se presenta como progreso aquello que contradice la ley natural; se relativiza la verdad; el éxito parece importar más que la virtud; las redes sociales favorecen juicios rápidos y condenas públicas sin misericordia.

La parábola del trigo y la cizaña nos invita a una actitud profundamente cristiana: discernir sin caer en el relativismo, defender la verdad sin perder la caridad, combatir el pecado sin odiar al pecador y confiar en que Dios continúa guiando la historia incluso cuando el mal parece imponerse.

También interpela a cada bautizado a ser «trigo» en medio del mundo: una presencia humilde, fecunda y silenciosa que da fruto para la gloria de Dios y el bien de los hermanos. El cristiano está llamado a sembrar paz donde hay odio, verdad donde hay confusión, esperanza donde reina el desaliento y santidad en una cultura que a menudo ha olvidado a Dios.

Conclusión: ¿qué clase de semilla estamos dejando crecer?

La parábola del trigo y la cizaña no es únicamente una explicación sobre el origen del mal. Es, sobre todo, una invitación a la esperanza y a la conversión.

Cristo nos recuerda que Dios no ha perdido el control de la historia. El enemigo puede sembrar cizaña, pero nunca podrá destruir definitivamente el campo del Señor. La paciencia divina es una oportunidad para cambiar de vida, crecer en santidad y colaborar con la obra de Dios.

Cada día, mediante nuestras decisiones, palabras y acciones, permitimos que en nuestro corazón crezca el trigo de la gracia o dejamos espacio a la cizaña del pecado. El Señor

continúa sembrando buena semilla con la fuerza de su Palabra, los sacramentos y la acción del Espíritu Santo. Nuestra respuesta libre determinará el fruto que ofreceremos.

Al final llegará la cosecha. Entonces desaparecerán las apariencias, las máscaras y las confusiones. Solo permanecerá aquello que haya sido sembrado en el amor de Dios. Por eso, la gran pregunta que esta parábola dirige a cada creyente no es quién es la cizaña que nos rodea, sino si estamos permitiendo que Cristo haga madurar en nosotros el buen trigo que un día brillará, según la promesa del Evangelio, **como el sol en el Reino del Padre**.